

La bofetada

La primera bofetada
no me la dio mi madre
ni el mundo ni la gente
ni la vida.

Fue un regalo de reyes
que hallé bajo mi cama.

La tomé sigiloso
—sin despertar a nadie—
y me la di en el rostro.

Canción a propósito

Esta idea es noble,
es fácil de palpar en los rostros de quienes la levantan.
Pero en las tribunas yo he visto rostros secos;
los he visto en las colas, entre la muchedumbre,
con esa facilidad que tienen para escupir las palabras.

(Todavía está el poeta alertando:
“Cuidate España de tu propia España”)

Y no es que sean muchos pero están todavía
en el campo, en las colas, en los féretros,
buscando una tribuna donde amontonar toda la indumentaria
con que pretenden hacer de sus cuerpos
estatuas, monumentos.

La hora de las lechuzas

Te han despertado pronto
sin cigarro y sin hora.
Levantas el fusil
y sales a la noche
como un animal encandilado.

Bombardeada de estrellas
y bengalas
—unas que van erectas
hasta la misma cúpula del cielo,
y otras que de cabeza
se lanzan en un pozo—
la noche queda rota
por luces que se cruzan
chorreándose en su propia desbandada.

Es la hora en que irrumpen las lechuzas,
y en su vuelo cortante
pasan rypiando el viento con las alas.

Cerca de ti tus compañeros duermen.

Te palpas responsable,
y te limpias los ojos con los dedos.

Seguro de ser tú ese que ahora descubres,
abres los ojos claros, encendidos de sueño,
para mirar al agua
donde unos barcos tejen
su bullicio de sombras.

Contra la noche inmóvil
tu pequeña estatura proyecta en otra parte
su sombra que se alarga;
el corazón cuenta las horas.

